

SECRETOS Y SOCORROS



"Árbol de la esperanza, mantente firme"

Frida Khalo.

Por Nóileber

Simón no quería irse de casa en aquellas tardes.

Siempre, siempre era de tarde cuando la mirada de su padre empezaba a volverse turbia. Entonces comenzaba a hablarle “raro” a su madre”– gritar, amenazar, escupir... - y la mirada de ella, de normal viva, alegre y brillante, parecía apagarse, agacharse, temer. Cuando eso ocurría – de tarde, siempre era de tarde -, Simón sabía que la aparente paz de su mundo se volvería a romper y que nada que hiciera su madre, sonreír, razonar, besar, pelear, romper, nada de lo que hiciera o dijera, desviaría la crecida de la ira que terminaría por desbordarse en bofetadas, patadas y sangre.

Secretos y socorros.

Por eso Simón no quería irse de casa en aquellas tardes, para defenderla si hacía falta con sus puños pequeños, con su presencia minúscula, con sus palabras diminutas.

Pero una mamá es sabia. Sabía siempre para un niño de once años y él estaba de acuerdo con ella en que debían ahorrar a Pili, su hermana pequeña, el espectáculo semanal, casi crónico, de la paliza. Por eso, no por ignorancia, no por miedo, le hacía caso a su madre cuando menudeaban los relámpagos de la ira y ella, casi en secreto, le guiñaba seria el ojo derecho, le besaba fuerte, apretado, arrullándole el rostro con su corona de rizos negros y, con firmeza, le ponía en la mano derecha las bolsas de la basura de papel y del vidrio, escrupulosamente separados. Luego besaba a Pili y le daba su cartuchera con los rotuladores y las ceras. Entonces Simón obedecía. Enganchando a la hermana con la mano libre, salía sin rechistar de la casa, bajando los dos pisos, pisando blandito, sin hacer ningún ruido de pisadas que atrajera a los vecinos fisgones y, sin dejarla rechistar, la remolcaba con jeringonzas y zalamerías varias hasta los contenedores de la isleta de reciclado, casi al final del paseo marítimo. Allí esperaban, haciendo Simón una guardia ansiosa, para ver pasar a su padre por la acera más alejada del paseo marítimo. Era la señal de que había escampado la tormenta y de qué podía volver despacito a casa, donde la madre ya habría tenido tiempo de recoger y recomponerse para que Pili no advirtiera nada.

Secretos y socorros.

Antes de volcar el contenido en el contenedor azul, Simón rescataba un puñado de folios de los que mamá había desechado – en casa faltaba paz pero sobraba papel, resumía el pequeño filósofo - y bajo una pérgola que los había cobijado, a veces, del frío y de la lluvia y otras, las más, del sol, entretenía a Pili animándola a dibujar sus fantasías.

De vez en cuando, algún vecino al dejar la basura o pasar por las cercanías los había reconocido. La pareja de policías que hacía a pie la ronda por el barrio también se paraba ocasionalmente a asomarse a la mesa de las pinturas de la pequeña. Incluso Pepe, el anciano del bajo, con más frecuencia de la que Simón deseaba, se solía sentar un rato con ellos dándoles caramelos y cháchara. Era terriblemente insistente con sus preguntas sobre mamá pero ante el silencio obstinado de Simón, el viejo cambiaba de estrategia y le buscaba las cosquillas a Pili, más sociable y lenguaraz, hasta que una pequeña patada en la espinilla, un codazo o un pellizco de su hermano le cerraba el grifo de las confidencias.

Mamá no quería. Mil veces le había repetido que no hablaran con nadie de lo que ocurría en casa mientras ellos esperaban en la pérgola, ni en la escuela, ni por teléfono con la yaya, mucho menos con la yaya, tan lejos y tan sola allá en Tenerife. *“No se puede hacer nada”* repetía la madre, dolorida, cuando volvían, *“..sólo esperar que se le pase. ¿Sabes? Papá no es malo, no es malo, Simón”*.

Secretos y socorros.

Y Simón obedecía, sí, obedecía, pero no entendía. Sus once años, maduros pero insuficientes, le pedían creer a su madre a su madre en todo, en casi todo pero... “¿Cómo que no es malo?” barruntaba con la cabeza entre las manos mientras vigilaba la acera contraria y el tiempo pasaba lento, rugoso, oyendo romper las olas en la orilla. “¿Cómo no va a ser malo haciendo eso?”. “Eso” no podía ser bueno, ni siquiera regular por mucho que su madre se lo tatuara a fuerza de miradas cómplices y de besos. Ni siquiera se atrevía a dibujar, como Pili, no sea que se le fuera la mano. Alguien podía ver sus dibujos. Pero Pili no tenía esa censura.

Un día en que la espera se hacía especialmente larga, una tarde en el que la tormenta de las patadas se prolongaba inusualmente, Simón reparó que la mirada de su hermana era especialmente seria y triste, que no cantaba mientras garabateaba. Su dibujo, casi siempre bien definido y colorido, era tan triste y oscuro como su mirada. Solo había usado un rotulador negro. Y de pronto se paró y se echó a llorar queda, moviendo el cuerpo delante y detrás. No le costó interpretarlo: Un círculo central y dentro tres monigotes esquemáticos sin rostro. Los dos más pequeños de la mano y la tercera – unas líneas onduladas simulaban rizos – tumbada en el suelos bajo ellos. Era una isla, seca, desierta, pensó Simón, y a su alrededor, entre las esquemáticas olas - más y mayores líneas onduladas - asomaba una gigantesca aleta de tiburón. O eso creyó ver Simón. Y, entonces Simón también sintió como las lágrimas se asomaban a sus ojos.

Ese día se estrenaba el otoño.

Pili se quejaba de todo: de frío que le subía bajo la faldita y del viento que le tiraba contra la cara ráfagas de hojas de la cercana Alameda. Su madre le había confiado poca basura, apenas unos folios en una bolsa de papel que aun descansaba junto a la mesa pues Pili, malhumorada, se había sentado a dibujar antes de acercarse a la isleta. Y un par de botellas de vino tinto vacías de las mismas que alimentaban la ira del padre, las mismas donde la madre buscaba la esperanza previa o el bálsamo posterior.

No pudo aguantar más. Garabateó algo tras el dibujo de Pili, enrolló el papel y lo metió en la más seca de las botellas. Lo había visto en películas e incluso en algún libro de cuentos. Puso de nuevo el tapón y tomó de la mano a Pili que le miraba hacer inquieta.

- *Ven, rápido, ven conmigo*– le dijo urgente ofreciéndole la mano para que bajara del asiento desde el que le colgaba las piernas.

Caminaron. Regresaron hasta el espigón que dividía los baños y rompía las olas que recorrían la orilla. Simón dejó sentada a Pili en las primeras rocas y recorrió con dificultad sus apenas cien metros. Desde el pequeño faro que lo balizaba, apenas un farol eléctrico que acaba de encenderse lanzó la botella al mar con todas sus fuerzas.

- *¡¡Niño, no tires piedras que me espantas la pesca!!* –

gritó un pescador somnoliento, escondido del frío en la parte contraria del rompeolas.

Nunca hablaron los hermanos entre sí.

Pero desde entonces, semana tras semana, Pili se dedicaba a dibujar cada vez con más colores y mejor estilo, náufragos, islas, madres vivas y muertas, escualos, cuchillos, pérgolas y hasta contenedores de basura en cuyo dorso Simón escribía crípticos mensajes de socorro con un teléfono y una dirección. Luego, raudos, llenos de esperanza, corrían al espigón para lanzar al mar las botellas mensajeras.

Apenas un mes después, la policía echaba abajo la puerta de la casa de Simón y Pili, mientras la madre se desangraba con la cabeza abierta en el salón y el padre se preparaba para salir a la calle. Al mismo tiempo, otro zeta recogía a los hermanos que justo acababan de terminar de dibujar dos nuevos mensajes de auxilio bajo la pérgola.

En la comisaria, los hermanos sólo encontraron un rostro familiar, el de Pepe, el anciano pesado del bajo, que se ofreció a cuidarlos mientras la madre se restablecía en el hospital. Simón suspiró: era o Pepe o un piso de acogida y los Servicios Sociales decidieron hacer optar por la solución menos mala. Tenían que salir lo antes posible de las dependencias policiales. Desde los calabozos, el energúmeno reclamaba a sus hijos con gritos que hacían temblar a Pili.

Secretos y socorros.

Con Pepe, al menos, estarían cerca de su casa y de sus cosas.

Simón vivió el resto de su infancia creyendo que los dibujos de Pili y las botellas mensajeras habían salvado la vida de su madre y cambiado la suya propia y la de su hermana.

Pero Pepe, el anciano obstinado del bajo, se llevó su secreto a la tumba unas semanas después: estuvo meses llamando a comisaria cada vez que oía gritos en el segundo y veía por la mirilla a los niños salir sigilosos con la basura. Aquel día de Diciembre en vez de ir a llevarles golosinas y acompañarlos un rato en la pérgola, callados, solitarios y asustado, se fue a la comisaria y suplicó, explicó y amenazó con montar el número hasta que consiguió que el comisario enviara dos coches a las direcciones que aquel viejo testarudo les indicaba. Una agente que solía participar en la ronda a pie por la zona y esa tarde tenía guardia en la comisaria, intervino decisivamente confirmando la frecuencia con la que los niños estaban extrañamente refugiados en la pérgola. *“Nunca llegamos a imaginarnos que...”* añadió, azorada, la funcionaria.

Sólo, un mes después, en el barco que les llevaba de vuelta a las islas, Pili y Simón, agradecieron al mar su complicidad articulando para su madre un galimatías aturrullado de mensajes con dibujos y botellas salvadoras. Ella apenas sonrió levemente porque cualquier gesto brusco le provocaba aún pinchazos de dolor en la herida del cráneo bajo las vendas. Tampoco a ella le había contado Pepe, el

Secretos y socorros.

anciano del bajo, su secreto. Abrazó a sus hijos y, con mucho cuidado, se quitó el vendaje. El viento del mar ayudaría a sanar todas sus heridas. Mientras se dormía en la hamaca, Simón y Pili dibujaban en una mesa de la cafetería de la cubierta. La isla que pintaba Pili estaba atestada de palmeras y flores y en el mar, por primera vez, no se veían tiburones.